

- ↳ En la práctica, si tú eras de Barcelona, te llevaban a Madrid. Si eras de Valladolid, a Sevilla. Si eras de Sevilla, a Canarias. ¿Por qué? Para desvincularte de tu entorno y, en caso de fuga, no tuvieras dónde ir.

Permanecer allí era un sufrimiento. Nunca había tenido necesidad de autolesionarme. Pero cuando te están infringiendo un dolor psíquico tan salvaje, necesitas procurarte un dolor físico fuerte que aminore ese dolor. Me autolesioné, pero de una forma distinta, porque la mayoría se cortaban las venas y lo tapaban con el puño de la bata. Entonces decidí que a mí no me lo iban a tapar, con lo cual me golpeé los huesos de los pómulos, sabiendo que al día siguiente mi cara iba a ser como la de un gato y así fue. Nadie me preguntó qué ha pasado o te pongo hielo, absolutamente nada.

Fui trasladada al Reformatorio de Ávila. Ahí hice una huelga de hambre y terminé con menos de 35 kg. Me devolvieron a Madrid y yo confiaba en la muerte del dictador. Pensaba que cuando muriera Franco todas saldríamos de ahí, pero murió y no pasó absolutamente nada. Me escapé y fui trasladada a El Buen Pastor de Barcelona, donde estábamos las fugadas de toda España.

Desde que ingresé en Adoratrices tuve claro que lo iba a contar. De hecho, les decía a las monjas, "Sí, usted siga, métame en celda de castigo, ahora en aislamiento, usted me hace lo que quiera, a mí me da exactamente igual, porque yo lo contaré". Y me decía, "pero tú ¿qué vas a contar, desgraciada?". Pues mira, lo estoy contando. Hay que joderse.



“Ni olvido ni perdono”

Paca Blanco Díaz (Madrid, 1949)

Todas las que estábamos allí tenemos una historia y unas circunstancias distintas. Además de pillarme la dictadura franquista, me pilló una transición sangrienta, una revolución musical, las hormonas revueltas y era hija de un preso político.

Nos echaron de la casa donde vivimos en la Calle de la Paloma y nos fuimos a vivir a San Cristóbal de los Ángeles. Por las mañanas esperaba a todos los obreros que bajaban de Marconi, nos juntábamos con lo de Barreiro; en el puente de la Princesa, con lo del Telefunken. Subíamos a Delicias con los de la Estándar y hacíamos aquellas famosas huelgas de los años 66, 67 y 68, que nos han dado los derechos que tenemos. Por las tardes, me iba a bailar rock and roll.

En ese contexto, las mujeres de mi familia, aterrorizadas, consideraron que si yo seguía por ese camino iba a acabar como mi padre. Y entonces decidieron hablar con el Patronato a mis espaldas. Una noche me metieron en un coche y me llevaron a Villalba. A mi madre la engañaron y le dijeron que yo iba a estudiar Secretariado, y eso la entusiasmó. Me escapé y me fui a mi casa a contarle a mi madre lo malas que eran las monjas, lo mal que nos trataban, que allí no se estudiaba secretariado, que había una explotación laboral... Mi madre no me creyó, llamó a la policía del Patronato y me entregó. Así que me devolvieron a Villalba.

Me metieron en una celda de castigo que no me podía poner ni tumbada ni de pie. Y no sabía si era de día o de noche. Yo creí que no salía de allí, que me moría. Solo pensaba: ¿por dónde me marcho?

Entonces convencí a 24 chicas de que nos íbamos. Aquella fuga me costó lo que me costó, porque ya era la segunda, me había llevado veintitantas chicas y no me querían en las congregaciones. Entonces me fui a Torremolinos a buscar trabajo. Estaba muy a gusto, pero la policía hizo una redada y yo estaba en búsqueda y captura por el Patronato, así que me llevaron al Centro de Orientación y Clasificación.

Yo todavía estaba completa, así que me mandaron a Adoratrices de Zamora. Y si las monjas de Villalba eran cafres y te daban castigos físicos, esto era el horror.

Aquello no lo podía soportar. Entonces estuve viendo la forma de irme. Yo ya tenía un expediente de fugas y sabía qué me estaba buscando, pero no me apetecía quedarme allí. Había un chico de mi barrio que me gustaba, que estaba haciendo la mili en Alcalá y fui a pedirle que me ayudara. Pues cuando volví al COC ya no solo no iba completa, iba preñada; y me clasificaron para el horror de los horrores: la maternidad de Peña Grande. Era entrar y ver a una cantidad de adolescentes sufriendo. Esa era la lindeza de las monjas con las niñas embarazadas y madres.

Luego estaba el miedo de las madres, que no querían que los niños, aunque estuvieran enfermos, subieran a la enfermería, porque no bajaban. Los niños se les morían a las monjas, pero nunca vimos un cadáver. Lo que sí sabíamos es que se lo llevaban familias afines al régimen.

Un día, fregando, la madre superiora me dijo: "¿Estás pensando en irte?". Le dije, "Sí, siempre." Y me dijo, "Bueno, pues no te vas a tener que escapar porque te voy a abrir yo la puerta, pero si cruzas el dintel ya no te quiere ninguna congregación. Te llevas encima la Ley de Vagos y Maleantes. En cuanto salgas de aquí, vas a la cárcel y también te quedas sin tu hijo".

Me volví a casa con mi madre, no sin dejarme claro que eso era una segunda oportunidad y que a la mínima volvía a la cárcel. El tiempo que estuve viviendo con mi madre, todos los días iban a verme las guardianas de la moral, a ver si trabajaba, cuánto ganaba, cómo vivía, cuánto ganaba mi madre, si podíamos mantener la niña o se la tenían que llevar. Esto era constante, así que hice lo que hacíamos la mayoría de nosotras: buscarme un marido y casarme, porque era mi única salida.

Así que salí de un infierno y me metí en otro, porque me casé con un maltratador. A los 21 años tenía tres hijas y una paliza diaria. Eso es lo que le debo al Patronato de Protección a la Mujer.

He tenido cinco hijos a los que adoro y una vida llena de trabajo para sacarlos adelante. Por lo tanto, ni olvido ni perdono, y quiero justicia y reparación.

